



De izquierda a derecha, Lucía Sánchez Saornil, Emma Goldman y Christine Kon-Rabe en Barcelona en octubre de 1938.

LIBERTARIAS

Louise Michel, Emma Goldman, Voltairine de Cleyre, Federica Montseny, Lucía Sánchez Saornil, Mujeres Libres... Son las valientes abuelas anarquistas del feminismo actual que marcaron una época irrepetible y bailaron en un mundo entre guerras.

Javier Valenzuela

“Si no puedo bailar, no quiero estar en tu revolución”, dice la cita más célebre de Emma Goldman (1869-1940), aquella que sintetiza su deseo de un mundo más libre y justo con su aspiración a una vida más lúdica y feliz. En verdad, Goldman fue una mujer excepcional, rebotante de combatividad, inteligencia y energía. Nacida en el seno de una pobre familia judía del imperio ruso, emigró muy joven a Nueva York, donde trabajó como obrera en el sector textil, se divorció a los pocos meses de casarse y comenzó a ser conocida como una activa militante anarquista. Leía mucho y, además de Bakunin y Kropotkin, uno de sus autores favoritos era Nietzsche. El vitalismo del pensamiento de Nietzsche encajaba bien con el suyo propio.

A Goldman le encantaba bailar, y, una vez que lo estaba haciendo, uno de sus camaradas se lo reprochó, como si bailar fuera contradictorio con combatir la tiranía y la explotación. En su autobiografía *Viviendo mi vida* (Capitán Swing, 2014), Goldman recordaría más tarde cuánto le enfureció aquel absurdo reproche. “Estaba harta de que me arrojaran continuamente la Causa a la cara”, escribió. “Yo no creía que una Causa que defendía un hermoso ideal, el anarquismo, la libertad frente a las convenciones y los prejuicios, negara la vida y la alegría”.

En el otoño de 1936, cuando visitó el Madrid asediado por las tropas de Franco, Emma Goldman ya era una leyenda viva del anarquismo y de la lucha por la emancipación de las mujeres. Sus artículos, sus conferencias y sus protestas la habían hecho célebre en Estados Unidos y buena parte de Europa. También le habían llevado a pasar varias temporadas en las cárceles norteamericanas. Unas veces por apoyar a obreros en huelga. Otras por pronunciarse a favor de que las mujeres pudieran controlar la natalidad. En ocasiones, por oponerse al servicio militar obligatorio. Y en su caso por su supuesta participación en una conjura para asesinar al presidente McKinley. Goldman se tomaba con humor que la tuvieran por un peligro público. Decía que jamás salía de casa sin un libro en el bolso, a fin de que no le faltara lectura en caso de ser arrestada. >

Goldman era libertaria, consideraba que la libertad es el bien máspreciado, pero, siguiendo a Bakunin, añadía que esta es imposible sin dos cosas de las que carecían los trabajadores: igualdad de oportunidades y unas condiciones materiales de vida mínimamente dignas. También era feminista, aunque ella no usara ese calificativo, que asociaba a sus congéneres burguesas. De estos discrepaba en tres cosas. En primer lugar, pensaba que hombres y mujeres compartían la condición de víctimas del capitalismo y del Estado. En segundo, creía que el sufragismo era una pérdida de tiempo (“si el voto de veras cambiara las cosas, sería ilegal”, decía). Y tercero, detestaba el puritanismo burgués.

La franqueza con la que Goldman criticaba el matrimonio, propugnaba el amor libre, defendía el uso de anticonceptivos, se oponía a la persecución del aborto y hablaba del derecho de las mujeres a disfrutar de la sexualidad, escandalizaba en su tiempo incluso a muchos progresistas. Goldman decía cosas como esta: “Exijo la independencia de la mujer, su derecho a mantenerse a sí misma, vivir para ella, amar a quien le plazca... o a tantos como le plazca. Exijo su libertad en la acción, en el amor, en la maternidad”. Y no solo lo decía. Lo practicaba. Tuvo tantos amantes como quiso.

En 1919 terminó siendo expulsada de Estados Unidos y deportada a la recién creada Unión Soviética, donde viviría los próximos tres años. Intentó colaborar con el nuevo régimen, pero lo hizo imposible la deriva autoritaria y burocrática de los bolcheviques, corroborada por el aplastamiento de la rebelión de Kronstadt. Así que hizo de nuevo las maletas y se fue a Canadá, donde fallecería en 1940.

Emma Goldman no fue, sin embargo, la única estrella femenina en el firmamento anarquista norteamericano en el tránsito del siglo XIX al XX. Otra igualmente brillante fue la pedagoga y escritora Voltairine de Cleyre (1866-1912), que debía su curioso nombre propio a la admiración que su padre, un inmigrante francés en los Estados Unidos, le tenía al autor de *Cándido*. De Cleyre leyó de joven a los ilustrados franceses, a los pensadores de la revolución americana — los Paine, Jefferson y compañía— y a Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau, y estos serían sus pilares intelectuales.

Anarquismo americano

Goldman, que vivía en Nueva York, y De Cleyre, que vivía en Filadelfia, se conocieron personalmente, se apoyaron mutuamente en sus combates contra la represión, se ensalzaron en las obras que cada cual escribió sobre la otra y también se detestaron cordialmente. De alguna manera constituyeron las dos caras de una misma moneda que condenaba la rapacidad del capitalismo y la inhumanidad del machismo. Goldman era una anarquista comunista; De Cleyre, una anarquista individualista. De Cleyre era mejor oradora; Emma Goldman, una escritora más fina y original. Fuerte, vitalista y social, Goldman era la prosa del anarquismo americano; frágil, ascética y solitaria, De Cleyre era la poesía.

La franqueza con la que Goldman propugnaba el amor libre y hablaba del derecho de las mujeres a disfrutar de la sexualidad escandalizaba incluso a muchos progresistas

De Cleyre, al igual que Goldman, condenaba cualquier tipo de discriminación sufrida por las mujeres y aborrecía la institución del matrimonio. Su ensayo *Sex Slavery (La esclavitud sexual)* no está dedicado a denunciar la prostitución, como podría parecer, sino el mismísimo matrimonio, cuyas leyes, escribió, “permiten a los hombres violar a sus esposas sin consecuencias”. Tuvo sucesivos amantes, la mayoría de los cuales terminaron decepcionándola. Con ellos incluso tuvo un hijo que no quiso criar, prefirió dejarlo con la familia del padre. No sacralizaba la maternidad.

El 19 de diciembre de 1902, Voltairine de Cleyre recibió tres disparos a quemarropa cuando caminaba por una calle. El agresor era un joven que había sido alumno suyo y que decía amarla sin ser correspondido. De Cleyre no quiso denunciarle y, además, promovió una campaña para costearle un abogado. Decía que no podía ser castigado por ser un enfermo mental. Pero el atentado le dejó dolorosas secuelas que persistieron hasta su muerte, por meningitis, en 1912.

Emma Goldman le sobrevivió casi tres décadas y eso le permitió vivir la Guerra Civil española, que sería su última gran causa. Goldman participó en Inglaterra y Canadá en mítines y recogidas de fondos a favor de los anarquistas españoles, que habían sido decisivos en el fracaso del golpe militar de julio de 1936. Escribió sobre Durruti y sobre las experiencias de autogestión obrera en Cataluña y Aragón. Y visitó tres veces la España republicana: en los otoños de 1936, 1937 y 1938.

Así conoció a Federica Montseny (1905-1994), que se había convertido en la primera mujer española en detentar una cartera ministerial en el Gobierno de la nación, la de Sanidad y Asuntos Sociales. La gran novedad que esto suponía aún era mayor si se recordaba que Montseny solo tenía 31 años y, además, era militante de la CNT-FAI, el movimiento anarquista español en cuya misma esencia estaba el negarse a participar en la vida política. Pero las terribles circunstancias de la Guerra Civil habían posibilitado el oxímoron de que España tuviera ministros ácratas.

Goldman también conoció en España a la obrera, periodista y poeta madrileña Lucía Sánchez Saornil (1895-1970), una de las tres fundadoras de Mujeres Libres, la nueva organización del movimiento libertario español destinada específicamente a luchar por la igualdad de derechos entre los géneros. Mujeres Libres (1936-1939) cifraba su objetivo en “la emancipación de la mujer de la servidumbre, la ignorancia y la sumisión sexual” y llegó a contar con 20.000 afiliadas antes de ser exterminada por el franquismo. En 1996, Vicente Aranda le rendiría un homenaje en la película *Libertarias*, protagonizada por Ana Belén, Victoria Abril, Ariadna Gil y Loles León.

Cabe imaginar que Goldman tuvo una mayor complicidad con Lucía Sánchez Saornil que con Federica Montseny. La primera era fundadora de Mujeres Libres y vitalmente heterodoxa —en 1937 conoció a América Barroso, que sería su compañera sentimental durante el resto de su vida—, mientras que la ministra estaba poco interesada en las reivindicaciones específicamente femeninas y llevaba una vida familiar muy tradicional. Y, además, contamos con una fotografía en blanco y negro de aquellos tiempos que confirma la complicidad entre Goldman y Sánchez Saornil (véase página de apertura).

La historiadora Laura Vicente ha averiguado que esa foto fue tomada en Barcelona en octubre de 1938, en el tercer y último viaje de Goldman a la España de la Guerra Civil. En ella se ve a tres mujeres caminando por una calle. La de la izquierda es Sánchez Saornil. Es de mediana edad y aspecto andrógino, con el pelo cortado a lo *garçon* y vestida con prendas entonces estrictamente masculinas: pantalón, chaqueta, camisa y corbata. La del centro, la de mayor edad, es Gold-

La segunda ola feminista de los años 1970 rescataría las obras de Goldman y De Cleyre, y jóvenes como Peggy Kornegge sostendrían que solo las mujeres son las dueñas de sus cuerpos

man. Lleva gafas, el pelo claro recogido en un moño y un gabán sobre un traje amplio y oscuro. En cuanto a la de la derecha, la más joven, es Christine Kon-Rabe, una anarquista polaca. Lleva el cabello recogido en trenzas laterales, ropa corta y entallada, un pañuelo al cuello y una cartera en la mano. Es una fotografía muy hermosa. Tres mujeres de países diferentes, edades diferentes y estilos diferentes; las tres avanzando con “autonomía y determinación”, como señala Laura Vicente; conversando probablemente sobre un mundo nuevo.

El verano español de la anarquía fue corto, como reza el título del libro sobre Durruti de Hans Magnus Enzensberger. Meses después de la foto de aquellas tres mujeres caminando por Barcelona, la Guerra Civil terminaría con la derrota de los anarquistas y las demás fuerzas antifascistas. Y con ella también se cerraría trágicamente el ciclo fundacional del feminismo libertario, el que había abierto aquella pionera francesa llamada Louise Michel (1830-1905).

Bandera negra

Considerada una santa laica —*la Vierge Rouge*—, cientos de escuelas y bibliotecas llevan hoy en Francia el nombre de la educadora, poeta y activista Louise Michel. Y es que ella participó en todos los combates progresistas de su tiempo. A favor de la educación de los hijos y

las hijas de los obreros. En la Comuna de París de 1871, y con las armas en la mano cuando fue menester. En la lucha contra el colonialismo durante los años que pasó deportada en Nueva Caledonia. En las campañas por la abolición de la pena de muerte cuando pudo regresar a Francia. En las campañas por las libertades de pensamiento y expresión (“A las ideas no se les puede poner esposas ni matar a cañonazos”). Y, por supuesto, en las campañas por la igualdad de las mujeres (“El mundo nuevo nacerá cuando las mujeres se sientan asqueadas y se subleven contra el viejo”).

Amiga de Víctor Hugo y Jules Vallès, Louise Michel fue la primera en enarbolar la bandera negra como la distintiva del anarquismo. Su leyenda se agigantó cuando en 1888 un extremista monárquico le pegó dos tiros en la cabeza mientras daba un discurso en Le Havre. Fiel a sus convicciones, se negó a cooperar con la justicia denunciando a su agresor. Y aunque quedó malherida, no murió de eso. Lo hizo a causa de una pulmonía en 1905 y su funeral parisino congregó a una inmensa multitud. Tres décadas después, antifascistas belgas y franceses combatían en la Guerra Civil española en el Batallón Louise Michel de las Brigadas Internacionales.

Transcurriría más o menos un siglo desde la Comuna de París hasta Mayo del 68 y otras revueltas que refrescarían ideas y sentimientos anarquistas: el odio al despotismo, el gusto por la autogestión, la defensa del amor libre, la pasión por la libertad y la igualdad... La llamada segunda ola feminista de los años 1970 rescataría las obras de Emma Goldman y Voltairine de Cleyre, y jóvenes como la estadounidense Peggy Kornegge sostendrían que solo las mujeres son las dueñas de sus cuerpos, pero que ello no es incompatible con la unión de hombres y mujeres en la lucha contra el patriarcado y cualquier otra forma explotación. Y precisarían que ninguna lucha colectiva y ninguna forma de organización pueden basarse en la abolición de la libertad y la espontaneidad del individuo. A esto lo llamarían anarcofeminismo. ■



Federica Montseny, primera mujer en ocupar un cargo ministerial en España, en un mitin en Valencia celebrado en noviembre de 1936.